

Sobre Malverde, el narcocorrido y la “ciudad narcotizada”

Felipe OLIVER
Universidad de Guanajuato

RESUMEN: Mucho más que un problema legal, de seguridad civil y de salud, el narcotráfico es ante todo un vasto y profundo fenómeno cultural y social. En efecto, en México el narcotráfico posee “símbolos religiosos” y ha desarrollado un metalenguaje propio para auto-legitimarse. Este trabajo explora en la figura del santo popular Jesús Malverde, así como en la creciente popularidad del narcocorrido, subgénero literario y musical que describe y exalta la vida al interior del narcotráfico. El objetivo final consiste en ampliar la mirada sobre la complejidad real del contrabando, medida urgente pues hasta ahora el fenómeno ha sido abordado esencialmente como un problema de índole policial y/o militar.

PALABRAS CLAVE: Jesús Malverde – Narcorrido – La ciudad letrada

ABSTRACT: Much more than a legal problem of civil safety and health, narcotics trade is a deep cultural and social phenomenon. For instance, in Mexico drug trafficking organizations have created its own “religious symbols” as well as its own metalanguage of self-legitimation. This essay explores in the figure of the popular saint Jesús Malverde and in the increasing status of the “narcocorrido”, a literary and musical subgenre that describes and exalts the life in the interior of the drug trafficking. The idea is to describe smuggling as a deep and complex phenomenon, certainly an urgent measure since until now has been mainly approached essentially as a problem of police and military resolution.

KEY WORDS: Jesús Malverde - Drug Ballad - The lettered City

Por increíble que pueda parecer, desde hace ya varios años el narcotráfico en México posee un santo patrono. Se trata de Jesús Malverde, venerado especial mas no exclusivamente en el Estado de Sinaloa, en el Norte de México. Sobre Malverde se han dicho muchas cosas, de hecho todo lo que se sabe de él, incluyendo por supuesto los milagros que se le atribuyen, depende exclusivamente de la tradición oral. Reconstruir su biografía no es por lo tanto una tarea fácil, pues el caudal popular confronta datos contradictorios a cada paso, siendo entonces necesario privilegiar con la debida reserva la versión dominante que en este caso apunta en la siguiente dirección: la biografía de Jesús Malverde transcurre durante la dictadura de Porfirio Díaz. Aunque el gobierno de Díaz asumió como propio el discurso modernizador, su gobierno llevó hasta las últimas consecuencias el modelo económico de la hacienda. Si los historiadores no mienten, antes de la Revolución mexicana un grupito de menos de mil familias se repartían la totalidad del territorio nacional. Y es en este mundo de ricos y pobres donde irrumpe la figura de Malverde como una especie de Robin Hood sinaloense; rapaz con los hacendados pero generoso con el pueblo, durante años Malverde robó a la oligarquía del norte de México para repartir el botín entre los pobres.

El gobierno local no escatimó esfuerzos para combatir a Malverde, y después de una larga pesquisa el bandido generoso murió ahorcado en un árbol el 3 de mayo de 1909. Como escarmiento adicional, las autoridades decretaron que su cuerpo permaneciera a la intemperie, siendo acreedor a la pena de muerte aquel que osara brindarle cristiana sepultura. El mito comienza un poco después. De acuerdo con esa colectiva y anónima voz llamada "dicen", un buen día un lechero cualquiera, que desde hacía horas buscaba a una vaca extraviada, pasó frente al bulto putrefacto que aún colgaba de la rama, y por alguna incomprensible razón dirigió su ira y frustración contra el costal de huesos, arrojándole una piedra. Y entonces, como por arte de magia, la vaca apareció. La voz se corrió y la gente comenzó a arrojar piedras a Malverde, o mejor dicho a lo que quedaba de él, esperando recibir alguna prebenda a cambio de tan singular ritual. Con el tiempo, ahí en donde pendió el cadáver

de una rama comenzó a formarse una elevada pila de piedras que los feligreses visitaban en procesión desde diferentes puntos del Estado.

La iglesia y las poderosas familias de derecha, más temprano que tarde, decidieron tomar cartas en el asunto, y aprovechando la construcción de un nuevo palacio de gobierno decidieron borrar el montón de piedras. De dar crédito a la leyenda, se necesitaron tres retroexcavadoras para completar un trabajo tan simple, ya que las primeras dos máquinas inexplicablemente se descompusieron apenas hicieron contacto con las piedras. Los fieles seguidores del bandido generoso encontraron en estos hechos una nueva e irrefutable manifestación del poder de Malverde, y crearon la Orden de los Caballeros Custodios de la tumba de Malverde, y a base de protestas y movilizaciones públicas consiguieron que el gobierno financiara la construcción de la actual ermita. En el proceso, la fama del bandido generoso creció como la espuma y rebasó las fronteras estatales y hasta nacionales.

Toda la información transcrita hasta el momento, conviene insistir, es producto de la tradición oral. No existen documentos fidedignos que prueben la existencia real de Jesús Malverde.¹ Lo que no parece importar demasiado, ya que para venerar o simplemente honrar a este curioso personaje se han construido cuatro capillas o ermitas en México y dos en el extranjero: además de la originaria en Culiacán, Tijuana, Badiraguato y Chihuahua en lo que a las mexicanas atañe, y Cali y Los Ángeles en Colombia y los Estados Unidos respectivamente. Y por si lo anterior no fuera suficiente, se dice que pueden haber más repartidas aquí y allá.

Ahora, la notable expansión del culto a Malverde responde en gran medida al narcotráfico. Verdad es que el bandido generoso contaba con un buen número de feligreses antes que los narcos lo erigieran como su santo patrono. Y más importante aún, de entre los devotos y simpatizantes del bandido generoso los narcotraficantes constituyen sólo un segmento, un subconjunto dentro de un grupo mucho más amplio. Sin embargo, es indudable que la simpatía de los narcos hacia Malverde enriquece al culto en todos los sentidos. Para no ir más lejos, en el plano económico las subsedes o sucursales internacionales hablan por sí solas. No hay que olvidar que Malverde es generoso pero también puede ser despiadado, como la oligarquía porfirista tuvo oportunidad de comprobarlo una y otra vez. Por consiguiente, y para evitar que el benefactor no sólo retire el favor concedido sino que incluso se ensañe ante la ingratitud (cual Don Corleone en la famosa película *El padrino*), una vez que el creyente

1 Esta pequeña biografía se basa esencialmente en el artículo de Daniel Sada citado en la bibliografía. Hago también una referencia al libro de Manuel Esquivel, *Jesús Malverde. Santo popular de Sinaloa*; a mitad de camino entre la biografía y la novela, la obra acaso puede aportar más datos sobre el personaje.

lanza la piedra adquiere la obligación de visitar la ermita por lo menos una vez al año para refrendar la fidelidad. Y puesto que los narcos claramente no pueden permitirse el lujo de cruzar fronteras con la regularidad que Malverde exige, la solución más que idónea para los devotos colombianos y norteamericanos consiste en la adquisición de una franquicia. Y a nivel simbólico, si un santo bandido es bastante atractivo, ¿qué decir de un santo narcotraficante? Una revolución y muchos gobiernos han pasado desde que la dictadura de Díaz ahorcara a Malverde, pero México sigue albergando entre su población a millones de pobres. Y si el enemigo ya no es necesariamente un cacique a lo Pedro Páramo, los sujetos marginales y socialmente resentidos como Juan Preciado todavía abundan. Resulta comprensible entonces la seducción que ejerce entre los excluidos un personaje como Malverde, que lejos de esperar a que Pedro Páramo le conceda una limosna decide arrebatarle toda su fortuna. No de otra forma procede el narcotraficante que al margen de la ley construye riquezas inconmensurables. Como bien ha explicado Jungwon Park,

la razón por la que se identifica a los narcos con la vida y el destino de Malverde, a pesar de su distancia temporal, radica en la afinidad de su condición social: ellos están en el lado oscuro de la ley. Son los que corren riesgo de exponerse a la detención institucional y de caer en la posición de los criminales hasta convertirse en enemigos del Estado. En otras palabras la ilegalidad estigmatizada en su cuerpo, sea real o potencial, pone de relieve la distancia irreductible entre ellos y la autoridad oficial (Park, 2007).

La siempre atractiva figura del criminal benefactor que consagra a Malverde describe también al narcotraficante. Similitud que los mismos capos han sabido explotar en beneficio propio. Es bien sabido que una parte importante del dinero ilegal que genera el narcotráfico, más temprano que tarde se materializa en obras sociales que benefician a la comunidad: fraccionamientos, escuelas, clínicas de salud, instalaciones deportivas, etcétera. Negocio redondo pues además de lavar dinero los narcos “compran” protección popular. El ejemplo más notable y espectacular al respecto nos llega desde Colombia; me refiero a Pablo Escobar, cuya plataforma política para aspirar a la presidencia de su país consistió ni más ni menos en la construcción de dos barrios residenciales, “Medellín sin tugurios” y “Barrio Pablo Escobar”, que dieron hogar a casi mil personas de la clase social más baja. En el caso mexicano, y con esto regresamos a Malverde, en un artículo titulado “Cada piedra es un deseo”, el exitoso novelista Daniel Sada afirma que Don Eligio González, el principal promotor de Malverde (por no llamarlo apóstol),

con el dinero recabado de las limosnas, ha hecho la donación de setecientas sillas de ruedas y por si fuera poco ha sufragado los gastos de 7,800 sepelios a la gente de las rancharías de Sinaloa, incluidos ataúdes, cirios, arreglos florales y coronas mortuorias. Todo lo cual es —a decir de Sergio López— “una especie de Seguro Social alternativo” para la clase pobre-baja (Sada, 2000:36).

Vemos entonces cómo se cierra el triángulo entre Malverde, el narcotráfico y los excluidos. A nivel económico, una parte importante de las gruesas gratificaciones que los narcos extienden a Malverde por cada negocio bien logrado se traducen en servicio social para los más necesitados. Así, quienes no esperan nada del gobierno, la ley, la previsión social y en resumen todas esas palabras abstractas que englobamos en el término *sistema*, encuentran en Malverde y/o el narcotráfico una alternativa (la otra opción, mucho menos atractiva, consiste en emigrar a los Estados Unidos para emplearse como braceros). Conforme crece la desigualdad económica, paralelamente la figura del criminal benefactor, del narco y/o bandido generoso cobra cada vez más fuerza, seduce y encanta a la masa anónima e históricamente marginada por las instituciones de poder.

Una vez sentados los antecedentes, vayamos al meollo del asunto: conocida e inobjetable es la tesis del uruguayo Ángel Rama sobre cómo las ciudades latinoamericanas fueron configuradas desde una lógica particular que organizó el espacio *desde y para* el ejercicio del control y la autoridad. Basta con pensar en el centro de cualquier ciudad colonial para advertir cómo alrededor de la plaza se erigen y condensan las respectivas sedes de las grandes instituciones de poder: la catedral (la iglesia), el palacio municipal (el gobierno), y el cuartel militar (las armas). Gracias a una doble y simbiótica organización del espacio físico y el espacio social, el gobierno y la riqueza de la ciudad se institucionalizaron de manera categórica. Sin embargo, la jerarquización y concentración del poder en Latinoamericana no sólo se sustentó en el espacio; ante todo se sostuvo en la letra. Reglamentos, leyes, decretos y textos de diversa índole crearon para el poder una ilusión de legitimidad tan inmutable como la letra escrita estampada sobre el papel. Precisamente esta unión entre espacio, letra y poder es la que permite al crítico uruguayo postular el concepto *ciudad letrada* para referirse a la minoría ilustrada vinculada a las instituciones de poder (la política, religión o las armas) que formuló la ideología necesaria para dominar la escena política y económica bajo el amparo de una burocracia cuasi sagrada. En resumen, el poder para reconocerse y perpetuarse como tal necesita un espacio que lo represente tanto como un texto que lo sustente.

Aplicando estos principios al narcotráfico, ¿un “santuario religioso” y sus respectivas subsedes, repartidas además en tres países diferentes, no son acaso testimonio suficiente para reclamar una institucionalización plena del narcotráfico? El tráfico de drogas no es una realidad soterrada, lejana y distante. Al contrario, está ahí, se ha instalado con tal fuerza y profundidad en la sociedad que se ha tomado sus propios espacios sacros. Además de las ermitas dedicadas a Malverde, cabe también una mención al cementerio Jardines de Humaya, ubicado también en el estado de Sinaloa. Este camposanto debe fama internacional a los enormes y modernos mausoleos que los narcotraficantes

erigen en honor a los suyos. Si en las calles las familias de la droga compiten por el control de los mercados y el manejo de las rutas, en Jardines de Hu-maya la disputa apunta hacia la edificación de la sepultura más ostentosa. El susodicho cementerio alberga pequeñas catedrales de tres o cuatro pisos de altura construidas con mármol italiano con incrustaciones de oro y piedras preciosas. Para rematar, algunos de estos mausoleos poseen salas de recepción climatizadas, televisión por cable y paneles solares. Más que un simple derroche económico del narcotráfico, hablamos de la utilización de un lenguaje espacial para exhibir el poder, para instalarse en la escena social mediante el control del espacio. Dicho con otras palabras, el narcotráfico construye o simplemente usurpa espacios legítimos preexistentes para legitimarse a sí mismo.

En lo que a la letra compete, el narcocorrido ciertamente se ha encargado de legitimar al narcotráfico. Como el término mismo lo sugiere, se trata de una variante del tradicional corrido mexicano que exalta a figuras o eventos relacionados con el narcotráfico. Estos singulares relatos han sido musicalizados con gran éxito popular por conocidas bandas mexicanas como los Tigres del Norte o Los tucanes de Tijuana. En la mayoría de los casos, estas canciones describen de manera más bien general las condiciones de vida y la idiosincrasia propia de quienes se desenvuelven en esta actividad delictual. Por dar un ejemplo, sirvan los siguientes versos del tema "Los más buscados" de los Tucanes de Tijuana:

{...}
Billetes y más billetes
tiramos por todos lados
pero así como gastamos
se regresa triplicado
por eso es que no hay problema
que seamos los más buscados

Otros narcocorridos van más lejos y exaltan las cualidades de un traficante en particular, digamos su astucia, temeridad, magnanimidad e impunidad legal, o bien simplemente dan cuenta de sus más osadas acciones. Es el caso de "El chapo" interpretado por Colmillo Norteño:

{...}
No necesito de altura para tener lo que tengo
se necesita cerebro lo digo porque lo tengo
valiente, noble y astuto lo era y lo seguiré siendo

Es indudable que la representación es siempre positiva, verdaderos pane-gíricos a un estilo de vida que seduce al margen de cualquier cuestionamiento ético "convencional". En palabras de José Manuel Valenzuela, en la música popular

El narcotráfico aparece como un negocio ampliamente redituable y los narcotraficantes disfrutan de sus beneficios sin preocuparse por la condición moral incorporada. Es un negocio más y para ellos es el parámetro de referencia. [...]

El dinero que reditúa el narcotráfico otorga poderes y capacidad de consumo superior a quienes definen sus trayectorias de vida apostando a la educación. (Valenzuela 2002: 140-141)

No estamos hablando entonces de pintoresquismo, de un subgénero musical que al ensalzar las acciones y modo de vida de los delincuentes adquieren un dejo exótico y vendible. Hablamos de la descripción y exaltación de una forma de vida que choca con nuestros referentes al proponer un sistema de valores “a contrapelo, que se somete a la «moral del pueblo»” (Villoro, 2008: 12). De ahí que el exitoso narrador Yuri Herrera en *Los trabajos del reino* (2004), novela sobre un cantante de narcocorridos, declare que el “[narco] corrido no es un cuadro adornando la pared. Es un nombre y es un arma”. Es el metalenguaje del narcotráfico y como tal un instrumento de poder cuyos códigos intrínsecos acaso sólo comprenden a cabalidad quienes forman parte de esta actividad. Lo que por otra parte no nos impide suponer que la eficacia del instrumento y su dudoso prestigio reside en la acumulación; la autoridad del capo es directamente proporcional al número de narcocorridos que sobre él circulan y a la frecuencia con que los mismos se reproducen a través de los medios masivos de comunicación. En su multipremiado reportaje “La alfombra Roja del Terror Narco”, Juan Villoro señala que

La narco cultura amplió su radio de influencia a través de los narcocorridos, muchas veces pagados por los propios protagonistas. [...] El narco ha contado con la anuencia de las estaciones de radio a las que amenaza o subvenciona (términos rigurosamente intercambiables) y con la empatía antropológica de quienes sobre interpretan el delito como una forma de la tradición (Villoro, 2008: 14).

Dentro de esta dinámica, a la injerencia directa que el narcotráfico en un momento dado puede ejercer ante ciertos medios masivos de comunicación, debemos añadir el favor intencionado o inocente que miles de voluntarios prestan a la causa a través de los medios abiertos. Me refiero, por ejemplo, a la famosa plataforma Youtube, en la que es posible escuchar centenares de estas piezas. Cómo y hasta dónde la irrupción de una narcoliteratura contribuye a fortalecer al contrabando como práctica social paradójicamente ilegal pero legitimada, es una cuestión urgente que los sociólogos en su momento deberán abordar.

El narcotráfico se ha institucionalizado en la sociedad *a partir de y gracias a* las mismas estrategias otrora utilizadas por la ciudad letrada. Esto es una manipulación consciente del espacio y la creación de un metalenguaje propio que establece sus parámetros éticos y jerarquías delictuales. No es precipitado entonces afirmar que el narcotráfico ha creado una especie de «ciudad nar-

cotizada», que es a un mismo tiempo causa y efecto de su poder simbólico y económico. El narcotráfico es el poder de la ciudad real. Bajo esta consideración queda en evidencia que la sola acción policial y/o militar jamás podrá derrotarlo. Hasta el momento la guerra contra las drogas sólo ha desplazado los campos de cultivo, modificado las rutas de transporte y en el mejor de los casos subvertido la preeminencia de un cártel por sobre otro. Es decir, ha sustituido, mas no eliminado al mal. Mientras no se entienda la profunda raíz popular que legitima y sostiene al narcotráfico, la seducción que genera entre los excluidos, su metalenguaje, y sus símbolos pseudorreligiosos, el combate armado sólo contribuirá al fortalecimiento moral de los capos. Así ocurrió con Malverde.

Bibliografía

- ESQUIVEL, Manuel
2009 *Jesús Malverde. El Santo popular de Sinaloa*. México: Jus.
- HERRERA, Yuri
2010 *Trabajos del Reino*. Cáceres-España: Editorial Periférica.
- PARK, Jungwon
2007 "Sujeto Popular entre el Bien y el Mal: Imágenes Dialécticas de "Jesús Malverde". *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. No. 17 <<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v17.html>>
- RAMA, Ángel
2004 *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores.
- SADA, Daniel
2000 "Cada piedra es un deseo". *Letras Libres*. No 15 (marzo) pp. 32-37.
- VALENZUELA, José Manuel
2002 *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*. México D.F.: Plaza&Janés.
- VILLORO, Juan
2008 "La alfombra roja del terror narco". *Revista de Cultura* N. N. 270 (*El Clarín* 29 de noviembre) pp. 12-14.